

Discrección

Por el Teniente José Laiz Román

La discrección es virtud poco tratada y conocida a pesar de la primacía, que en las virtudes del hombre le señalan los maestros del espíritu.

Ellos han dicho que la discrección como cualidad intelectual es en el espíritu lo que los ojos en el cuerpo, lo que el piloto en el navío, lo que el rey en el reino, lo que el conductor en el carro, que tiene por misión llevar las riendas en la mano y guiarlo por donde ha de caminar.

Según esto, la discrección desempeña en la vida interior funciones de gobierno, necesario para la buena marcha de este país pequeño del hombre, dentro del cual dicta sus leyes que deben cumplir los ciudadanos, nuestras otras cualidades para que haya en nosotros paz, tranquilidad y armonía y seguridad contra la anarquía moral.

Por lo dicho se vé que el asiento de la discrección es la razón, luz de nuestras acciones.

Para definirla en nuestra lengua, recurramos a la madre, «Discretus», significa separar; distinguir. Discrección, por consiguiente será la acción de separar, aquello de que nos

valemos para distinguir o diferenciar las cosas. Si a esta acción la consideramos bajo el aspecto bueno por los frutos que produce tendremos una ocasión virtuosa, una virtud y la mejor, pues nos ayudará a conocer, distinguiéndolas y separándolas a todas las demás: la disciplina, la obediencia, la fidelidad.

Y así la define la Real Academia: «Sensatez para formar nuestras opiniones y tacto para hablar y obrar»

El ejercicio de esta virtud podemos practicarla en los tres grandes terrenos que constituyen nuestros campos de batalla: En el campo de nosotros mismos y en el de nuestras relaciones con los demás.

Si nos fijamos en nuestro interior advertiremos dos hombres: uno noble y otro innoble. El primero inteligente, activo, de pensamientos elevados, de deseos nobles, de proyectos arduos, grandiosos; el segundo torpe, soñoliento, de miras mezquinas, que suda de angustia al pensar que se le hace preciso levantar la cabeza del suelo.

Bien se adivina con esto la clave para tratar a los demás: averiguar primero cual de los dos hombres nos habla de los dos interiores que le conocemos. Si el hombre nuestro es contrario al de él, discreparemos al enfocar

que en los siete años que hacía que tenía al bicho en mi poder no había dicho esta boca es mía, no hubiera empezado a hablar de la siguiente forma:

¡Troncho...! ¡...! ¿...? ¡...! (y aquí una serie de palabrotas que impiden toda reproducción). ¡Diablo con la genticilla ésta! ¡Pero que se han creído! ¡Con los ochenta y pico de años que llevo encima que me vengan a mí con esas! El inútil de mi dueño actual empeñándose durante años enteros en enseñarme una lengua que yo domino mejor que él en todos conceptos, y para colmo me dá a comer huevos y bizcochos a pedacitos como si ya fuera un viejo que chocheara, cuando mi estómago está acostumbrado a digerir hasta las piedras. Y ahora, se pone a decir por ahí de que si soy de carácter dulce y tímido, cuando he corrido más mundo y he tratado con más gentuza de la que pueden imaginarse por mucha imaginación que tengan, co-

sa que dudo. Y para postres este grupo de pelmazos que no hacen más que mirarme y mirarme como si en su vida hubiesen visto un loro, o como si yo fuera una cosa rara. ¡Hay que ver! ¡Huuu...! (aquí emití un graznido horrible y a continuación otra serie de palabrotas no reproducibles que nos apartó de un salto de su lado, como si hubiera hecho una explosión) —anda— continuó dirigiéndose a mí —llévame al rincón oscuro, lo prefiero a ésto.

Omito decir lo que aconteció después de todo esto no hay palabras en el diccionario de la lengua española para explicar la vergüenza que pasé; como tampoco las hay seguramente, para explicar lo que hice yo con el loro, una vez salieron de mi casa mis compañeros de oficina. Su cadáver se confunde con el polvo de los caminos, no dejó ni rastro de él.

TIM y TOM